

El
mayor
casto en T. V.



Arriba y Abajo

John Hawkesworth



www.todocoleccion.net

John Hawkesworth

ARRIBA, ABAJO

(Vidas cruzadas)

BRUGUERA

Título original:

UPSTAIRS, DOWNSTAIRS

Traducción: Jaime Piñeiro

1

Noviembre-1903

—¿Cómo te llamas?

—Clemence Dumas.

—¿Francesa?

—A medias.

—Debes llamarme señora, cuando respondas.

—'Perdón, señora.

Lady Marjorie Bellamy sospechaba que las referencias que tenía en su mano eran falsas, y no creyó ni por un solo momento que aquella muchacha atrevida, desaseada, y de clase baja, que se hallaba en pie junto al sofá en la sala de estar, estuviese diciendo la verdad.

Sin embargo, en lugar de llamar al mayordomo para que la despidiera, lady Marjorie Bellamy dudó.

En una época en que la alimentación deficiente provocaba todo tipo de enfermedades en la clase baja, y la tuberculosis y el raquitismo eran corrientes, aquella muchacha parecía muy saludable. Pero aparte de tan importante consideración, había algo más en ella que impresionó a lady Marjorie. Era su «clase». La propia lady Marjorie también la tenía. Se reflejaba en la fría elegancia de su persona, en su casa, en sus ropas, incluso en su voz, y todo ello parecía haberse elegido para hacer destacar su extraordinaria belleza, su aspecto patricio que se caracterizaba por sus abundantes cabellos dorados.

Pero la última solicitante para el puesto de doncella subalterna no impresionó en absoluto a los sirvientes del número 165 de Eaton Place. Había escandalizado al señor

Hudson, el mayordomo, presentándose en la puerta principal; insultado a la señora Bridges, la cocinera, llamándola «cocinera» en su propia cocina, y se había portado descaradamente con Rose, la doncella de la casa.

En aquel momento se aproximaba la hora de la comida y los criados se reunían en la sala de servicio. Esta sala estaba orientada hacia el sur, y, en consecuencia, era la estancia menos triste o sombría de todos los alojamientos subterráneos donde los criados pasaban la mayor parte de su vida cotidiana.

En el centro de la sala se veía una gran mesa, cubierta en todo momento, excepto en las horas de las comidas, por un tapete de felpilla que formaba dibujos en relieve. Alrededor de la chimenea había un antiguo guardafuegos y diferentes poltronas que, exceptuando el sillón de mimbre de la señora Bridges, eran piezas desechadas del piso de arriba, al igual que el resto del mobiliario y decoración de la sala.

Los cortinones de terciopelo, las grandes lámparas de aceite, y los enormes grabados mostrando La batalla de Inkerman, Los sabuesos Quorn, y un retrato de Jorge III pintado por Reynolds, eran regalos de los Bellamy al servicio. La estancia recibía cierta pincelada de color mediante varias cajas de té y galletas, donde las silvianas guardaban sus cosas de remendar y coser.

Sobre una mesa, junto a la ventana, un gran elefante de ébano sostenía la biblioteca, formada por la Biblia, la Enciclopedia británica (séptima edición) La infancia de la reina Victoria por Gurney, y varias novelas pequeñas de dos peniques, en compañía de varias publicaciones gráficas semanales.

—Lady Marjorie jamás aceptará a esa muchacha —comentó la señora Bridges—. Ni soñarlo. Sería incapaz de distinguir un boa de plumas de una boa constrictor.

Aunque la señora Bridges no explicaba por qué aquel detalle debía ser necesaria cualidad para una doncella subalterna.

—Cierto. Es una incompetente. Se presentó en la puerta principal —dijo Rose, resoplando como era su costumbre al dar una opinión.

—Tienes mucha razón, Rose. Inexperta y ciega a toda decencia o decoro —observó el señor Hudson desde la puerta.

El mayordomo, desde aquel punto estratégico, observaba la fila de campanillas que había en el pasillo, esperando que su señora le llamase a la sala de estar de la planta alta; consideraba que había transcurrido un tiempo excesivamente prolongado en aquella entrevista con la despreciable señorita Dumas, que ya, en primer lugar, había llegado tarde a la cita.

El señor Hudson era un montañés cuadrado y desigual, convertido por el paso del tiempo y la servidumbre en un mayordomo decoroso, concienzudo y un tanto carente del sentido del humor. Sus ásperos cabellos comenzaban a ser escasos y blanqueaban en las sienes. Su oscuro uniforme mostraba pinceladas de oro, elemento al que era muy aficionado. La montura de oro de sus gafas, y la gruesa cadena de su reloj, herencia de su padre, contribuían a proporcionarle un aspecto más importante; sobre todo si se tiene en cuenta que la cadena del reloj era un detalle pocas veces consentido a los mayordomos de casas grandes. Su dentadura también era de oro.

Sonó la campanilla de la sala de estar y el señor Hudson ascendió rápidamente el curvo tramo de escalones de piedra, que conducían desde el sótano a la sala delantera de la casa.

—Bien —murmuró Rose con tono de satisfacción—. Aquí termina la historia de esa muchacha. ¡Clemence Du-

mas! ¿Cómo es posible dedicarse al servicio con un nombre como éste?

Emily, la pequeña ayudante de cocina estaba terminando de poner la larga mesa. Era una pobre criatura que casi siempre estaba sucia y con las ropas remendadas, cosa que carecía de importancia, ya que jamás se le permitía subir al piso inmediato.

—Bien, pues yo espero que la acepten —dijo con su rítmico acento de County Claire.

—Nada tienes que esperar, Emily —replicó la señora Bridges— y mucho menos en ese sentido. Tu deber es mantener el fuego bien encendido. Lo has dejado apagar a propósito.

Durante toda la mañana se había discutido aquel asunto.

—No ha sido mía la culpa —contestó la muchacha —.

El carbón estaba húmedo y esto sucede por culpa de Alfred. Siempre deja abierta la puerta de la carbonera.

En aquel preciso instante Alfred estaba colgando su verde frac en un rincón de la estancia.

—Te meteré en la carbonera, Emily —dijo frunciendo el ceño—. Ceniza con ceniza y polvo con polvo.

El largo rostro de Alfred parecía de caucho, y sus ojos tristes, de un payaso o de un mártir. Sus miembros parecían desiguales, los pies y las manos eran demasiado grandes para el tamaño de su cuerpo, y cuando servía las comidas sus movimientos eran majestuosos.

—No eches la culpa a nadie, Emily —dijo Rose.

—Ahora también tú haces causa común con ellos. Todos están en contra de mí.

Emily suspiró hondo ya que su observación era cierta. Al ser la persona más inferior en la jerarquía doméstica, se convertía automáticamente en cabeza de turco cuando las cosas marchaban mal.

El señor Hudson abrió la puerta giratoria tapizada con tapete verde por un lado y nogal pulido por el otro, y cruzó el vestíbulo principal, hacia la sala de estar. Abrió la puerta de esta última sin llamar y avanzó tres pasos en el interior.

—Llamó usted, señora —murmuró.

—Quiero contratar a esta joven, Hudson.

Lady Marjorie efectuó la pausa familiar y esperó la mirada de sorpresa de Hudson, antes de que éste respondiera.

—Sí, señora.

—Comerá en la sala de servicio y más tarde irá a buscar sus cosas. Rose le dirá lo que ha de hacer.

Hudson asintió con mi movimiento de cabeza y tosió.

—¿Cuál es el nombre de la joven, señora?

Lady Marjorie no dudó un segundo.

—Sarah —replicó.

Clemence Dumas se sobresaltó ante aquella decisión que no había previsto. Ignoraba que lady Marjorie, al elegir aquel nombre para ella, de algún modo la halagaba, y que cuando era niña había sido dueña de una perra spaniel llamada «Sarah»*

—Me llamo Clemence, señora.

—Clemence no es el nombre de una criada —adujo lady Marjorie volviéndose hacia su pequeño escritorio—. Vete con Hudson, Sarah, y recuerda que estás aquí a prueba.

En el vestíbulo, Sarah se acercó al mayordomo, cuando habían alcanzado la parte inferior de las escaleras.

—Señor Hudson.

-¿Sí...?

—¿Es necesario llamarme Sarah?'

-Sí.

—No me gusta.

—No debes hacer preguntas a tus superiores.

—¿Es usted mi superior?

La muchacha estaba ansiosa de hacer hablar al mayordomo.

—Por supuesto que sí.

—¿Por qué es usted superior a mí, señor Hudson? —interrogó la muchacha inocentemente—. No... no estoy siendo arrogante. Solamente quiero saber cosas.

—Soy mayor que tú y por lo tanto más prudente. ¥ he aprendido a ser humilde —dijo el mayordomo repitiendo una de sus frases favoritas—. La lección es dura, pero cuando se aprende jamás se olvida.

El mayordomo continuó caminando hacia la puerta.

—¿Y cómo la aprendió usted? —interrogó nuevamente Sarah manteniendo la puerta abierta para el mayordomo, a la vez que hacía gala exagerada de su recién hallada humildad.

—Mi abuela era una mujer orgullosa y murió de hambre —explicó Hudson—. Y recuerda otra cosa. Arriba no hables a menos que te pregunten.

Y acto seguido, dirigió a la muchacha una penetrante mirada, como si ansiara grabar en la mente de la joven aquellas palabras para toda una eternidad.

Lady Marjorie se reclinó cómodamente en su sillón y sonrió para sí ante el recuerdo de la expresión reflejada en el rostro de Hudson. El mayordomo era incapaz de ocultar sus emociones, y aquélla era una de las razones por la cual jamás podría aspirar a una casa mayor. [Estúpido Hudson! A veces la irritaba con su obstinación y su cachaza, pero ella no lo hubiese cambiado por otro. Era hombre leal y honrado, y bebía moderadamente, lo que era decir mucho en favor de un mayordomo.

Hudson era hijo del jefe de capataces de las tierras que poseía su padre en Perthshire, mientras que la señora Bridges y Rose procedían de Southwold, patria chica de su familia en Wiltshire.

El hecho de que los demás criados no comprendieran por qué contrataba a Sarah, carecía de importancia para lady Marjorie. Durante toda su vida había crecido rodeada de sirvientes y en consecuencia los consideraba propiedad personal. Si hacían alguna cosa estúpida como robar o dar a luz un bebé, inmediatamente quedaban despedidos, y si enfermaban o padecían alguna otra dificultad, recibían ayuda desde un punto de vista práctico más que humano. Si un sirviente estaba enfermo resultaba una molestia, y cuanto antes mejorase y pudiera cumplir de nuevo con sus obligaciones, era mucho mejor para todos.

El único momento en el que lady Marjorie se fijaba en sus sirvientes era cuando la molestaban, y así pensaba en ellos en función de sus faltas a la vez que mostraba muy poca consideración hacia sus virtudes. Al pensar en la señora Bridges, recordaba sus modales y berrinches de cocinera y no sus perdices con gelatina; cuando pensaba en Rose, aparecía en primer plano su malhumorado rostro, y no la perfecta limpieza de la casa. En cuanto se refería a Roberts, su doncella, lady Marjorie realmente no podía comprender por qué continuaba manteniendo en la casa a mujer tan estúpida.

A diferencia de muchas señoras, consideraba los problemas del servicio como muy poco interesantes.

Evidentemente hubiese sorprendido a lady Marjorie saber que los criados se interesaban mucho más por ella.

Un expectante silencio acogió la entrada del señor Hudson y de Sarah en la sala de servicio. El mayordomo, que poseía ciertas cualidades de actor, se mantuvo imperturbable. Indicó a Alfred que colocara otra silla ante la mesa, y a Emily que dejara más espacio libre. Entonces Hudson tomó asiento, lanzó una rápida ojeada alrededor de la mesa, e inclinó la cabeza.

—Que el Señor bendiga nuestros empeños y nos concilie con la posición social, que, en su infinita sabiduría, nos ha concedido.

En aquel preciso momento de súplica de gracia, el señor Hudson alzó la cabeza brevemente. Emily estaba mirando a Sarah, y ésta observaba minuciosamente el comedor del servicio. Fulminó a ambas con severa mirada.

—Y os damos las gracias, Señor, por lo que estamos a punto de recibir de Ti, y os rogamos, a la par que vuestro divino perdón, un lugar en vuestra mesa. Amén.

El señor Hudson comenzó a trinchar el cordero con gran ceremonia.

—A partir de este momento, Sarah figurará entre nosotros como doncella subalterna, señorita Roberts —observó finalmente.

La señorita Roberts, tomaba asiento en perfecto orden jerárquico a la derecha del mayordomo, y Alfred, su amanuense, a la izquierda. La señora Bridges dominaba el otro extremo de la mesa, con Rose a su derecha y Emily a su izquierda. Los lugares medios estaban ocupados por el señor Pearce, el cochero, y Sarah.

La señorita Roberts observó a Sarah sin el menor entusiasmo. Era una mujer de baja estatura, espinosa y de la-

bios en todo momento contraídos.

—Muy bien, señor Hudson —replicó—. A prueba, ¿verdad?

—Por supuesto —dijo el señor Hudson, al mismo tiempo que los platos pasaban de mano en mano—. Rose, tú serás la encargada de instruirla sobre sus obligaciones.

—Sí, señor Hudson —murmuró Rose con tono monótono.

—Y con buena voluntad y entusiasmo, por favor. Rose —añadió el mayordomo.

—Desde luego, señor Hudson.

Rose dirigió a Sarah una mirada de profundo disgusto y comenzó a presentarla formalmente a los demás.

—La señorita Roberts es la doncella personal de la señora —dijo—. Alfred es el lacayo. El señor Pearce es el cochero.

El señor Pearce, hombre de aspecto campechano, quien por vivir en un par de habitaciones situadas sobre los establos, tras la casa, se consideraba independiente, estaba a punto de dirigir a Sarah una mirada de simpatía, cuando la señora Bridges golpeó sobre la mesa con el mango de su cuchara.

—Silencio, por favor —anunció.

Rose cerró la boca coléricamente. Suponía haber sido autorizada por el señor Hudson a violar la regla de que solamente los criados superiores podían hablar antes de que se sirvieran las verduras.

Emily entró casi corriendo, desde la cocina, con la verdura que inmediatamente se sirvió.

El señor Hudson miró a todos por encima de sus gafas.

—•ha verdura está servida, señora Bridges —dijo.

—Gracias, señor Hudson —repuso la señora Bridges—. Ya se puede hablar.

Aunque había terminado el grave ceremonial de inicio de la comida, no hubo una inmediata conversación general. Solamente una profunda concentración en la salsa de alcaparras.

—Cordero de nuevo —dijo finalmente el señor Pearce, sonriendo a Sarah.

Le agradaba el aspecto de la nueva muchacha. La chica tenía buenos senos, y calculaba que podían llenar sus manos. Los senos eran algo muy importante para el señor Pearce.

—¿Y qué hay de malo con el cordero, señor Pearce? —interrogó la señorita Roberts, aún resentida por la crítica anterior de la señora Bridges—. Un cordero con esta maravillosa salsa de alcaparras.

—Nada, nada en absoluto —murmuró el señor Pearce en retirada.

—Quizá le agradecería más comer paja como sus caballos —indicó la señora Bridges con cierta energía.

—Olviden lo que he dicho, señoras —manifestó el señor Pearce completamente abrumado.

—Millones de personas se sentirían agradecidas con lo que comemos nosotros, señor Pearce —indicó el señor Hudson para terminar con el cochero—. ¿No estás de acuerdo, Sarah?

Sarah no pareció escucharle.

Rose le aplicó un fuerte codazo.

—Te está hablando el señor Hudson, Sarah —advirtió.

—¿A mí?

--Sí, a ti.

—Perdón. El nombre es tan extrañó, ¿no me podrían llamar Clemence aunque sólo fuese aquí abajo?

—En mi vida he oído semejante nombre aquí abajo. ¿En qué estaría pensando tu madre?

—En la Biblia no hallarías tal nombre en ninguna parte —comentó Alfred con la boca llena.

El señor Pearce guiñó un ojo a Sarah.

—No te preocupes por lo que diga Alfred —declaró —, ha recibido una educación muy religiosa. Sin embargo, yo considero que Clemence es un buen nombre para una potranca. Pero no para un ser humano.

—Pues a mí me parece que es un nombre encantador —adujo Emily, sirviéndose más salsa de alcaparras.

Como el tema del nombre de Sarah parecía haberse agotado definitivamente, el señor Hudson probó nuevamente:

—Como antes decía —declaró mirando a Sarah directamente— millones de personas se sentirían muy agradecidas de poder comer cordero una vez a la semana, y no digamos una vez al día. ¿No estás de acuerdo, Sarah?

Todo el mundo miró a la muchacha.

—Sí, señor Hudson —respondió la joven, humildemente.

El señor Hudson y la señora Bridges cambiaron miradas de satisfacción.

—¿Has vivido de verdad en Francia? —preguntó Emily.

—Sí —repuso Sarah con naturalidad.

—¿Servías allí entonces? —preguntó, a su vez, la señorita Roberts esperando sorprenderla, ya que había estado una vez en Francia con lady Marjorie.

—No —contestó Sarah—. Vivía en un castillo. En otro tiempo también tuve una doncella personal, como lady Marjorie.

Y al hacer la declaración, la muchacha miró a la señorita Roberts como podría mirar una gran dama a su doncella.

La señorita Roberts esbozó un gesto de irritación.

—Creo que debemos tomar las declaraciones de Sarah con grandes reservas —dijo con sonrisa acre.

—Yo no miento —anunció Sarah súbitamente agresiva.

—No hemos dicho que lo hicieras, pero sí que quizá exageras un poco —adujo Rose con tono dulce.

El señor Hudson inmediatamente arrojó aceite sobre las aguas tempestuosas.

—Si la señora considera satisfactoria a Sarah —pontificó— estoy seguro que a nosotros nos sucederá lo mismo. No es responsabilidad nuestra elegir o juzgar a nuestros compañeros de servicio. Supongo que esto lo sabemos todos muy bien.

Pronunció sus últimas palabras dirigiéndose a Rose, quien resopló furiosamente al sentirse humillada por segunda vez delante de la nueva muchacha.

Rose se volvió hacia Sarah.

—Entonces, di algo en francés —apuntó.

—En otro momento.

—Eres tan inglesa como yo —replicó Rose, dirigiendo a todos los presentes una mirada de triunfo.

—No lo soy —añadió Sarah—. Mi madre era una gitana, sé leer en las líneas de la mano y predecir el futuro.

Hubo un silencio y Sarah observó a sus compañeros, añadiendo luego: